

Paolo Gerbando. 2017. **The Mask and the Flag: Populism, Citizenism and Global Protest.** Oxford University Press, New York, 318 págs.

Ambientada en un futuro cercano, la película *V de Venganza* (2006), dirigida por el australiano James Mc Teigue, termina con la ocupación de calles y plazas de Londres por parte de decenas de miles de ciudadanos cubiertos con la máscara del antihéroe inglés Guy Fawkes, al mismo tiempo que estalla por los aires el recinto principal de la democracia representativa del Reino Unido. Con estos eventos culmina, también, un período dominado por un régimen totalitario y controlado por una élite política y económica corrupta.

En *La máscara y la bandera: populismo, ciudadanía y protesta global* (2017), Paolo Gerbando señala que la máscara y la bandera presentes en las protestas sociales que se multiplicaron alrededor del mundo a partir de la “Primavera Árabe”, simbolizan los sentidos de las contemporáneas luchas ciudadanas. El neo-anarquismo ensayado en las protestas antiglobalización de fines del pasado siglo e inicios del nuevo, junto a un emergente populismo democrático, configuran un nuevo escenario de protesta global. La organización autónoma y horizontal orientada al asalto de las instituciones estatales para su democratización, une, más allá de sus particularidades locales, a las masivas ocupaciones de calles y plazas ocurridas en el Cairo, Madrid, Atenas, Nueva York, Londres, Ankara, Río de Janeiro, etc., entre el 2011 y el 2016.

La crisis política y económica de la globalización neoliberal, abre una ventana

de inéditas oportunidades políticas para una ciudadanía mundial golpeada por la crisis económica del 2007-2008. Según Gerbando, la crisis orgánica del poder hegemónico neoliberal, expresada en la Gran Depresión, enmarca las protestas globales entre un mundo que se derrumbaba y uno nuevo que se perfila en medio de dudas e incertidumbres.

El libro *La máscara y la bandera* está compuesto por siete capítulos. En la introducción del libro, Gerbando nos muestra una imagen completa de su obra. Y al cierre, propone una evaluación crítica de los alcances y límites de la política abierta por el *movimiento de las plazas*, como el autor denomina al último ciclo de protestas sociales de alcance mundial.

El primer capítulo, *Movements in the Crisis of Neoliberalism*, nos muestra un globo terráqueo en llamas, desde el norte africano, pasando por la Europa mediterránea y el corazón del capital financiero mundial, hasta los márgenes emergentes del Sur global. Este “mosaico de protestas”, activadas a partir de las crisis económicas de 2007-2008 y de un creciente descontento en las instituciones políticas, muestra en común una alianza popular inédita; junta a los jóvenes precarizados, a una clase media venida a menos y a los innumerables nuevos pobres que el modelo neoliberal, afincado en el dogma de mercado, produce sin control en todas las regiones del planeta.

En el segundo y tercer capítulo, el autor se sumerge en los sentidos que movilizan a las multitudes de indignados y configuran una identidad contestataria plural e inclusiva. Los partidos políticos tradicionales y las organizaciones sociales

decimonónicas, los sindicatos, ya no son capaces de canalizar las demandas ciudadanas. La ocupación de las plazas significa la construcción de una agenda política propia, resultado de la soberanía popular en acción. La deliberación y la participación directa de la multitud desafían los viejos liderazgos personalistas y de las anquilosadas estructuras institucionales de representación política. Las proclamas “Democracia Ya” o “Somos el 99 por ciento” expresan no solamente la desconfianza en las élites políticas y la profunda indignación que despiertan las enormes desigualdades económicas, acentuadas durante el período de hegemonía neoliberal, sino que sintetizan las nuevas subjetividades e identidades políticas en construcción.

Para Gerbaudo, las ideas y las identidades que emergen en el *movimiento de las plazas*, reactualizan y resignifican dos tradiciones políticas anteriores. En ellas perviven modificados algunos de los principales principios y algunas de las más arraigadas prácticas del movimiento anti-globalización o altermundista, que protagonizó, a finales de los años noventa y en los primeros años del nuevo siglo, importantes movilizaciones contra los intereses corporativos transnacionales, por ejemplo, en 1999, durante la Cumbre de la Organización Mundial del Comercio (OMC) en Seattle, o en la reunión del G8 en Génova en 2001. De estas experiencias se recuperan los principios de autonomía y la toma de decisiones basada en el consenso, así como el uso de tácticas de acción directa. No obstante, a diferencia del movimiento altermundista, que reivindica la libre determinación del individuo y las organizaciones sociales locales y de pequeña escala, el *movimiento de las plazas* enarboló el principio universalista de la soberanía

popular. En palabras del autor, este movimiento se distancia “de la <política de autonomía>> minoritaria, contracultural e inequívocamente antiestatista del movimiento antiglobalización, y se dirige hacia una política mayoritaria y contra-hegemónica de ciudadanía radical con el objetivo de lograr un cambio social e institucional sistémico”. (Gerbaudo, 2017: 9)

Precisamente, en la reivindicación de la primacía del pueblo, el nuevo movimiento de protesta global se enlaza con la ya vieja tradición populista democrática, que se remonta a la misma Revolución Francesa, y continuada, entre otros, por el movimiento cartista del Reino Unido o el movimiento ruso de los *naródniki*, y, más inequívocamente, a inicios del siglo XX, con el Partido del Pueblo de los Estados Unidos. “La gente quiere derribar el régimen”, slogan popular en la primavera árabe, o el “Nosotros, el pueblo...” mencionado con insistencia durante las protestas de *Occupy Wall Street*, son para Gerbaudo, alusiones claras a la demanda de soberanía popular.

Una soberanía popular corregida por las influencias neo-anarquistas, que traza un movimiento ascendente del ejercicio democrático en la política. Desde la unidad básica de la organización social, el individuo, el populismo democrático *de las plazas* se resignifica alrededor de las demandas por la ampliación de la ciudadanía. Anclado en la tradición cívica republicana, el ciudadanismo, que emerge como rasgo distintivo en el último ciclo de protestas mundiales, arremete contra el control político y económico ilegítimo de la oligarquía mundial.

El carácter populista del *movimiento de las plazas* se puso de manifiesto también en las prácticas de protesta, que condujeron a

una escalada masiva de movilización y de formas participativas. A diferencia del movimiento anti-globalización, que configuró una infraestructura de comunicación virtual autónoma y priorizó la política de “grupos pequeños”, articulados en redes flexibles, el *movimiento de las plazas* tomó las plataformas corporativas de *Facebook*, *YouTube* y *Twitter* como medio de amplia difusión y promovió asambleas inclusivas y masivas. De los campamentos de protesta y ocupación ubicados en zonas periféricas, en el caso de los primeros, se pasó a la ocupación de los espacios públicos centrales, símbolos del poder político y económico. Por otro lado, mientras el movimiento altermundista se orientó a agrupar y articular a la sociedad organizada, el *movimiento de las plazas* intentó recomponer el campo popular a partir de la población sin organización, a los “muchos fragmentos y <<átomos>> de una sociedad neoliberal individualizada y apolítica”. (Gerbaudo, 2017:23)

El capítulo cuarto describe, también, un contrapunto entre el movimiento anti-globalización y el *movimiento de las plazas*, relacionado a la escala y al ámbito espacial de la acción política. Bajo la premisa del carácter conservador del Estado-nación, el horizonte geopolítico del primero de estos movimientos se localizó a escala global. Por el contrario, el *movimiento de las plazas*, imbuido por una política pragmática, reivindicó el espacio nacional y las agendas locales como el terreno principal de las protestas, sin dejar de advertir los riesgos éticos y políticos derivados de las tentaciones nacionalistas propias del populismo.

Los capítulos quinto, sexto y séptimo se detienen a describir los repertorios de la protesta que caracterizaron al *movimiento de las*

plazas: el uso de las redes sociales virtuales y la aparición de nuevas formas de liderazgo colectivo, asociada a estas; la ocupación del espacio público, como medio para incluir a la heterogénea ciudadanía para redescubrir la solidaridad colectiva y la unidad, al mismo tiempo, que para ganar en visibilidad pública; las dinámicas horizontales de deliberación y la toma de decisiones colectivas por consenso, a través de la asamblea, los comités y los grupos de trabajo.

El capítulo 8 y las conclusiones del libro apuntan a posicionar, lo que a mi criterio constituye, el mensaje político de *La máscara y la bandera*. El *movimiento de las plazas* constituye, para Gerbaudo, un avance crucial con respecto al movimiento altermundista, que, junto a su ingenuidad cosmopolita y antiestatismo, renuncian a un cambio real del gobierno y la política. Aunque el impulso democrático radical, expresado en la ocupación de la plaza, se ha detenido, no así su espíritu populista democrático, que ha sido retomado y abanderado por nuevas expresiones políticas que han entrado en la arena de la política institucional. Podemos en España, la ahora derrotada Syriza en Grecia y los candidatos radicales como Bernie Sanders en Estados Unidos y Jeremy Corbyn en Reino Unido, encarnan, según Gerbaudo, el impulso abierto por el *movimiento de las plazas*, conducente a la afirmación de una política ciudadana radical y a la reconstrucción de la democracia desde abajo, es decir, a la reconciliación de la lógica de la participación y la lógica de la representación.

Jorge Corral Fierro.
Estudiante de doctorado en Ciencia
Política FLACSO-Ecuador.
jorgeernestofierro@gmail.com